

el “poder” de los medios se vea profundamente relativizado, e inclusive jaqueado, por imprevistos mecanismos de “recodificación” en los que resultan preponderantes las experiencias vitales e ideológicas del receptor, siempre que estas experiencias sean *distintas* u *opuestas* a los modelos que proponen las clases dominantes.

Más que por el estudio del *mensaje* (aunque sin descartar, por cierto, su análisis), Schmucler se inclina por la investigación de las condiciones reales (esto es: condiciones en relación con un referente político) en que se verifica la *recepción* de tales mensajes, en la convicción de que sólo por este conducto se pueden obtener datos satisfactorios sobre su *significación*. De ahí, por otra parte, su interés por los marcos socio-económicos en que circula el mensaje y por la situación política del receptor, en tanto factores estructurales en los que se instala el “comunicador” y se legitima o justifica la emisión de tales o cuales mensajes.

Pensar las cosas en términos tan eminentemente “políticos” supone formularse la pregunta instrumental por el destinatario programático o social de la investigación comunicacional, en este caso una batalla ideológica (¿por la liberación del hombre y la sociedad?) en la que dichos medios tienen reservado un papel dominante como herramientas de trasmisión en uno u otro sentido, aunque el autor se incline por las “necesidades del nivel de desarrollo de la conciencia popular dentro de un proyecto general”.

Para concluir Schmucler afirma que el objeto de investigación es más bien una función que otra cosa: “la circulación de ideología en condiciones particulares de decodificación”, lo que implica que tal objeto se va elaborando de acuerdo con el proyecto político-cultural que lo define.

6. LA OTRA “ORILLA” DE LA CIENCIA

Un trabajo sobre cultura popular que pretenda superar las anteojeras epistemológicas que condujeron el tema a un improductivo callejón sin salida, no puede desentenderse de ciertos desafíos polémicos, y uno de los más importantes, en este sentido, consiste en superar el *horror vacui* de la discusión entre ciencia y política, tan

estéril y tautológico, en el fondo, como lo fue en su momento la disputa sobre humanismo y ciencia.

En un contexto político-cultural como el argentino la discusión de fondo sobre cultura popular debe mucho, precisamente, a libros o análisis que cuestionaron los recetarios “cientificistas” tradicionales y recortaron la problemática desde una perspectiva muy diferente, y en muchos sentidos más rica en sugerencias y puntos de partida. Una perspectiva fundada menos sobre la vieja repetición de modelos teórico-metodológicos (inscrita en la secular dialéctica centro-periferia) que sobre la reivindicación de nuestra peculiaridad y la correlativa constitución de una gnoseología propia, actuante sobre los concretos y distintivos fenómenos culturales en su específico marco histórico-social.

A esta categoría pertenecen tres libros fundacionales (aunque subestimados o impugnados por las corrientes “cientificistas”), en los que se eslabonan añejos linajes de análisis y conocimiento de la realidad nacional (alimentados por pensadores e intelectuales como Ortiz Pereyra, Taborda y Scalabrini) con experiencias históricas de profundo impacto cultural en las mayorías populares argentinas (como las movilizaciones y transformaciones a que dio origen el peronismo desde 1945): nos referimos a *Civilización y barbarie* (1956), de Fermín Chávez, *Los profetas del odio* (1957), de Arturo Jauretche, y a *Imperialismo y cultura* (1957), de Juan José Hernández Arregui.

Escritos con posterioridad a la caída de Perón en 1955, cada uno de ellos —desde perspectivas distintas— se propone explicar las claves de esas fuerzas históricas que operaron desde el '45 (en realidad a todo lo largo de la historia nacional) y de manera especial las razones profundas de su vitalidad y creatividad político-cultural. No son, ciertamente, textos de las horas de apogeo, sino, fundamentalmente, textos de proscripción, escritos en una etapa de repliegue y profunda crisis de la línea nacional.²⁸

²⁸ El análisis pormenorizado del proyecto político-cultural del peronismo durante la etapa 1946-1955 excede holgadamente los límites de esta exposición, por la naturaleza bibliográfica de la misma y por la complejidad y riqueza de matices que caracterizan tanto a sus propuestas como a sus resultados en los terrenos de la educación, los medios masivos, las ciencias, la difusión cultural y la propia redefinición de la cultura. Sobre la formulación del mismo se puede consultar *Doctrina Peronista, Primer Plan Quinquenal, La cultura en el Segundo Plan Quinquenal* (Presidencia de la Nación, 1953), Perón, Juan, *Filosofía Peronista* (Freeland, 1974).

Se los puede considerar, de manera indudable, como “textos políticos”, y de hecho cumplieron ese papel, tanto para la militancia intelectual de signo nacional como para las fuerzas de la inteligencia liberal, que trataron de descalificarlos rebajándolos al nivel de mera producción folicularia.

Pero son, al propio tiempo, algo más, si los consideramos en el contexto político-cultural en el que corresponde ubicarlos. Son (aunque a muchos les cueste admitirlo) verdaderos puntos de partida para una nueva epistemología, para una metodología de análisis cultural que señala los riesgos de la colonización pedagógica y propone nuevas herramientas de conocimiento y transformación de la realidad.

Escritos sobre la segunda mitad de los años '50, no prestan, ciertamente, como muchos otros análisis de la época (inclusive “funcionalistas”), una atención orgánica y sistemática a los nuevos fenómenos de la comunicación masiva. En esos textos, Chávez, Jaurerche y Hernández Arregui piensan más en fenómenos y productos que se parecen a los elaborados por el sincretismo criollista que en los generados por la nueva civilización tecnológica.

Los aportes que debemos tomar en cuenta se refieren, más bien, a la reformulación de la concepción historiográfica, a la impugnación del modelo pedagógico colonial, a la reivindicación del denostado o ignorado patrimonio cultural criollo, a la defensa de la memoria popular histórica, a la lucha por la identidad cultural, a la defensa de la creatividad popular, a la crítica de las élites culturales, a la reivindicación del conocimiento territorial, al análisis de la dependencia, a la revalorización de lo regional, etc., todo lo cual contribuirá a redefinir al sujeto y al objeto de la cultura nacional y popular, y a dilucidar, de paso, nuevos criterios teóricos y metodológicos de valorización, recuperación y análisis, en una dirección que había sido escamoteada o deformada por la tradicional concepción eurocentrista y epigonal de la cultura argentina.

La línea abierta por estos tres libros pioneros (y por la experiencia histórica y político-cultural de la que son expresión), tendrá múltiples articulaciones a lo largo de los años siguientes, que los vincularán, a su vez, con el análisis concreto de la realidad cultural argentina (en aspectos no sondeados por ellos, o examinados de manera prejuiciosa, como ocurre con algunos fenómenos de la industria cultural y de la cultura popular urbana) y con aportes de

pensadores o corrientes de otras latitudes, instrumentados por lo general de manera crítica y no dependiente, en un juego de interacciones y enriquecimientos sumamente productivo desde el punto de vista del desarrollo del conocimiento.

Se trata, como dijimos, de articulaciones que parten de una doble perspectiva crítica y metodológica, que recupera, por una parte, la extensa franja de la cultura criolla, sin excluir experiencias, productos y fenómenos que pertenecen de manera genuina al patrimonio popular de la Argentina del desarrollo urbano e inmigratorio, y por otra, la producción de autores cuyos aportes son considerados como objetivamente pertinentes para la dilucidación de cuestiones de muy variado y complejo carácter.

Basta con pensar, en este sentido, en el tipo de análisis emprendido por Eduardo Romano, desde mediados de la década del '60, sobre la generación poética del '40, la cultura popular durante el peronismo, los letristas de tango y otras zonas de la cultura popular rioplatense, o la múltiple recuperación político-cultural que hace Aníbal Ford, hacia comienzos de los años '70, de la figura de Manzi, o los trabajos de investigación emprendidos por Jorge B. Rivera sobre formas precursoras de la literatura gauchesca, sobre el auge de la novela de folletín en el Río de la Plata y posteriormente sobre diversas formas de producción simbólica vinculadas con la industria cultural.²⁹

En el complejo proceso de articulación de un pensamiento específicamente nacional sobre la problemática político-cultural, y más concretamente sobre una posible vía "nacional" de planteamiento de las ciencias sociales (y por este conducto: de formulación de categorías para analizar los fenómenos de la cultura popular), debemos recordar una etapa cuya evaluación escapa a esta reseña, pero parece impostergable para comprender algunos procesos de polémica gravitación en los umbrales de la década de 1970. Nos referi-

²⁹ Sobre la articulación, a partir de 1965, de una crítica político-cultural que trata de integrar los aportes del pensamiento nacional con las contribuciones resultantes de una actualización crítica y no dependiente del instrumental teórico-metodológico de origen externo, cfr.: las respuestas de Aníbal Ford, Jorge B. Rivera y Eduardo Romano a la encuesta realizada en 1973 por la revista *Latinoamericana* (Lafforgue, Jorge, "Literatura y crítica: una encrucijada, una encuesta", en *Latinoamericana*, núm. 2, Buenos Aires, junio de 1973, pp. 8-10, 16-17 y 17-19).

mos, en especial, a las denominadas “Cátedras Nacionales”, que en la carrera de Sociología cubrieron, entre los años 1968 y 1971, un espacio que había quedado virtualmente vacante a raíz de la intervención de 1966.

Durante esa etapa, en efecto, un conjunto de docentes de muy diversa extracción ideológica, pero unificados por su acercamiento al peronismo, se propone redefinir los viejos lineamientos funcionalistas de la carrera y esbozar el programa de una *sociología nacional*, que diese cuenta de los problemas concretos de la realidad argentina.

Cárdenas, Justino O’Farrel, Juan Pablo Franco, Fernando Alvarez, Norberto Wilner, Alcira Argumedo, Susana Checa, Horacio González, Gunnar Olsson, Roberto Carri, Guillermo Gutiérrez, entre otros, protagonizan y delinear un proyecto que trata de implementar el pensamiento doctrinario de la línea nacional (Perón, por supuesto, pero también Jauretche, Hernández Arregui, Scalabrini Ortiz y los historiadores revisionistas, sin omitir algunos aportes heterodoxos) en función de una realidad político-cultural a la que juzgan escamoteada por la sociología funcionalista, por el marxismo y por las expresiones remanentes del liberalismo tradicional.

Están latentes, en ese contexto, algunas problemáticas internas y externas fundamentales para comprender la época: la Revolución Argentina, la proscripción del peronismo, el plan de lucha de la CGT, la radicalización revolucionaria de algunas líneas del movimiento nacional, Cooke, el foquismo, las propuestas alternativas, la discusión sobre liberación y dependencia, los desarrollos de la doctrina social de la Iglesia, Medellín, la Revolución Cultural china, el auge del concepto de Tercer Mundo, el colapso de la Alianza para el Progreso, la lucha de Argelia, los avances de la descolonización en Asia y Africa, las tesis de Fanon, las luchas del mundo árabe, el apogeo de los grandes líderes populares, el concepto de Socialismo Nacional, etcétera.

Impugnados o criticados a la vez por el funcionalismo, por el marxismo y por el nuevo estructuralismo cientifista,³⁰ los anima-

³⁰ Gino Germani, que por entonces actuaba en la Universidad de Harvard, opinaba que la sociología “es mucho más teórica que práctica. De ninguna manera puede planear una revolución, ni tampoco disolver los brotes de violencia subversiva”, y agregaba: “Los programas actuales son absurdos, ya que hablar de una línea nacional en una ciencia es un

dores de las "Cátedras Nacionales" procuran abordar desde una nueva perspectiva la historia social argentina, el pensamiento de los clásicos de la sociología (el racionalismo de Weber, p.e., en función de la clásica dicotomía Civilización y Barbarie), la teoría de la dependencia, el papel de las identidades culturales en los procesos emancipatorios del Tercer Mundo, las nociones marxistas de infraestructura y superestructura, el desarrollo histórico del sindicalismo, la metodología de la historia socio-económica, el problema de la producción teórica, etc., y si en conjunto no producen un aporte convencionalmente significativo en la dirección específica de los medios y la cultura popular, las polémicas que suscitan, sus reconceptualizaciones más maduras y su instrumentalización de ciertas líneas de procesamiento del pensamiento deben ser tomadas en cuenta para un análisis integral de los marcos teórico-metodológicos y político-culturales en que se mueve la discusión y la producción del conocimiento en los años '60 y '70.

En este sentido, asimismo, cabe integrar (con sus propias particularidades) las contribuciones de Amelia Podetti y Mercado Vera en el terreno de la filosofía, y los aportes de publicaciones como *Antropología del Tercer Mundo*, *Cristianismo y Revolución* y *Envido*, que reflejan algunas de las transformaciones verificadas, desde la perspectiva nacional, en el marco de la Universidad y de la discusión ideológica en torno al peronismo, a la disputa *ciencia-ideología* y a propósito del *privilegio revolucionario* que se asignaba el marxismo.

No puede olvidarse en este contexto, precisamente, la discusión que se genera en el seno del propio marxismo a propósito de cier-

invento nativo. Puede hacerse una sociología comprometida, pero primero hay que saber". Eliseo Verón, por su parte, renunciante de 1966 y por entonces director del Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Di Tella, sugería que "la actividad en la carrera estatal, desde la intervención, es nula", en tanto que Ricardo Sidicaro sostenía que "es una época de transición para poder construir una sociología relacionada con el país y toda América Latina, y no volver a tentarse por el fácil planteo de los diletantes; en realidad, el nivel teórico no es más bajo que el que se dictaba antes".

Frente a algunos ataques a la labor del Di Tella ("El mayor aporte de los estudiosos del Di Tella son los dos tomos de cifras electorales que cubre toda votación habida en la Argentina; en verdad, el ejemplo de lo que no debe hacerse en sociología"), Verón replicaba: "la función del Instituto es preparar investigadores, y no plantear soluciones políticas". Cfr. "Sociólogo se ofrece", en revista *Panorama*, núm. 183, Buenos Aires, 27 de octubre de 1970, pp. 37-38.

tos conceptos teóricos fundamentales. La cuestión de la ideología, las ciencias sociales y el conocimiento tienen por entonces un papel indudablemente protagónico, que se encabalga en un debate alimentado por las nuevas lecturas de Gramsci, las polémicas de la izquierda intelectual italiana (y sus reflejos locales), la línea teórica de Althusser y las corrientes de la epistemología francesa.

Algunas traducciones emprendidas por Tiempo Contemporáneo y Siglo XXI (cfr. *El proceso ideológico* y *Ciencias sociales: ideología y conocimiento*), apuntan, p.e., a la cobertura bibliográfica de ese debate, uno de cuyos propósitos es la constitución de una teoría sociológica de los procesos ideológicos.

Pero este punto no agota las dimensiones de la cuestión. La producción, la crítica y la polémica dentro del marxismo aparece entre nosotros, hacia los años '60 y '70, como un doble reflejo del deshielo post-stalinista (con su revisión de las deficiencias del "marxismo vulgar") y a la vez de las crisis estratégicas y coyunturales por las que atraviesan el Partido Comunista argentino y la izquierda en general. Dato al que cabe agregar otras cuatro fuentes verificables: la discusión en el marco de lo que W. Mills llamó "el fin de las ideologías", la pugna entre marxismo y estructuralismo (de cepa auténticamente metropolitana), la discusión en torno a las "Cátedras Nacionales" y los avances del "populismo ideológico", y la polémica sobre cristianismo y marxismo, que abarca una buena parte del período 1963-1965.

En orden de los aportes de esta productividad a los temas que estamos examinando, parece indispensable señalar por lo menos dos que nos parecen de indudable relevancia: los que se realizan a través de la revista cordobesa *Pasado y Presente*, entre 1963 y 1965, en tanto plantean algunos puntos de fondo para el debate teórico y político-cultural de la comunicación, las ideologías, los medios y los conceptos de nación y pueblo, etc., y los que hace Emilio de Ipola a propósito de Louis Althusser, en una trayectoria con facetas muy críticas, que abarca la década de 1970.

7. ALGUNAS PROPUESTAS DE LOS AÑOS 70

Si revistas como *Discusión*, *Literatura y sociedad* y *Cuadernos de crítica*³¹ van despejando el camino de la actualización teórica y reciclando el clásico esquema de “apelación a las fuentes” y retroalimentación metropolitana, tal vez uno de los papeles de mayor significación le corresponde a *Los Libros*, cuyo primer número apareció en julio de 1969 bajo la dirección de Héctor Schmucler (su responsable hasta el número 28).

Entre 1969 y 1973, en efecto, *Los Libros* cumplió en el mercado intelectual y en su periferia una muy activa función como divulgador de corrientes, polémicas, obras, problemas y pensadores de muy diversas tendencias, entre ellos Pontalis, Lévi-Strauss, Marcuse, Fanon, Althusser, Chomsky, Lacan, Bataille, Poulantzas, Eco, McLuhan, Ricoeur, etcétera.

Pero al propio tiempo la revista de Schmucler dio cabida a una nueva falange de críticos y escritores que provenían del marxismo, la antropología, el psicoanálisis, la semiótica, el estructuralismo, la lingüística, la sociología de la literatura, etc., y cuyas ideas se enlazaban con las desarrolladas por muchos de los citados modelos, como proyecciones y en algunos casos como desarrollos autónomos y no pocas veces críticos. Colaboran en *Los Libros*, con diversa asiduidad, la mayoría de los animadores del proceso de renovación teórico-metodológica que se verifica entre nosotros en las ciencias humanas y la crítica literaria hacia los años '60, como Schmucler, José Sazbón, Eliseo Verón, Juan Carlos Indart, Aníbal Ford, Eduardo Menéndez, Oscar Masotta, Beatriz Sarlo, Oscar Travena, Oscar Steimberg, Néstor García Canclini, Oscar del Barco, José Aricó, Germán García, Nicolás Rosa, Jaime Rest, Oscar Terán, Jorge Rivera, Eduardo Romano, etc., muchos de los cuales, y el dato no es aleatorio, figurarán entre los más activos investigadores y críticos de la comunicación, los medios masivos y la cultura popular.

³¹ En *Discusión*, cfr. Verón, Eliseo, “Ciencia social y praxis social”, núm. 4, 1963; en *Literatura y sociedad*, cfr. Piglia, Ricardo, “Literatura y sociedad” y Sazbón, José, “El método de Sartre”, sumados a traducciones de Seroni, Della Volpe, Goldmann, etc. (núm. 1, 1965); en *Cuadernos de crítica*, cfr. Gregorich, Luis, “Franz Fanon y el Tercer Mundo” (núm. 1, 1965) y traducción de fragmentos de *Mythologies*, de Roland Barthes, (núm. 3, 1966).

Junto con las revistas que hemos mencionado, vale la pena anotar, a título indicativo, la paralela labor de difusión cumplida por ciertas editoriales durante el tramo final de los años '60, tramo especialmente significativo por la gran cantidad de traducciones relacionadas con los campos de las ciencias humanas y sociales.

En este sentido conviene mencionar el papel desempeñado por Nueva Visión en lo que concierne al estructuralismo, la semiótica, la lingüística y el psicoanálisis lacaniano. Pasado y Presente, por su parte, contribuye a la difusión de Althusser, Lévi-Strauss y Badiou, en tanto que Tiempo Contemporáneo y Galerna tienen que ver con el conocimiento rioplatense de Bateson, Watzlawick, Foucault y Marcuse, entre otros.

Editores como Jorge Alvarez, Rodolfo Alonso y Carlos Pérez, con sus *readings* fragmentarios pero de precio accesible, son testimonio de cierto apetito despertado por las nuevas tendencias (y por la nueva problemática de los medios y de la cultura masiva) en el entorno intelectual argentino.

Merece una atención particular, en este sentido, el caso del Centro Editor de América Latina, cuyas colecciones populares sirvieron —desde 1967— como vehículo para la difusión de síntesis informativas o de auténticos textos monográficos sobre cultura de masas, comunicación, literaturas marginales, industria cultural, medios masivos, cultura popular, etc., y en este sentido debemos mencionar colecciones como Enciclopedia Literaria, Siglomundo, Capítulo Universal, Transformaciones, La Nueva Biblioteca, La Historia Popular, Biblioteca Total, La Historia de Nuestro Pueblo, Capítulo Argentino, etcétera.

Hacia comienzos de los años '70 las posiciones sociológicas funcionalistas reciben algunos embates, destinados en gran medida a los remanentes de su no desmentida adhesión a las tesis del consenso y la integración dentro de los marcos y parámetros del *statu quo*, pero de manera especial a su nuevo discurso sobre la *modernización* como posible respuesta al atraso relativo de las zonas marginales.

La crítica a la sociología del *establishment* se verifica ya entre nosotros desde una perspectiva que introduce criterios de codificación menos estáticos y unilineales que los suministrados por los pa-

rudojalmente “arcaicos” modelos de la cibernética. Se habla, por el contrario, en términos más emparentados con la lingüística y la semiología, de *codificaciones* que involucran un conjunto más elástico y complejo de significaciones, sentidos e interpretaciones sociales.

Resulta evidente que a la luz de este nuevo tipo de conceptualización semántica (alimentado por líneas que provienen de la lingüística, del psicoanálisis, del estructuralismo y de la psicología social, i.a.) el reseco voluntarismo y el provincianismo unidireccional de la sociología funcionalista (anclada en el culto banal o interesado de lo constituido y lo codificado) no pueden quedar bien parados.

La cuestión de las ideologías y las ciencias sociales ha tenido varios expositores consecuentes entre nosotros. Uno de ellos: Emilio de Ipola.

Hacia 1973 uno de sus textos, escrito en colaboración con Manuel Castells (cfr. “Ideología y ciencias sociales”, en *Los Libros*, núm. 30, pp. 12-22), resume buena parte de lo abordado en estos terrenos desde 1967.

Se trata, básicamente, de un análisis y una crítica del empirismo y del formalismo como obstáculos epistemológicos dominantes en las ciencias sociales, y a la vez como herramientas especulares de autoverificación y reproducción de la ideología hegemónica.

En medio de tanta “soberbia” cientificista, el examen de los autores es duro y desmitificador. Del empirismo (el gran encausado, en tanto concepción con mayor arraigo académico) destacará principalmente su anclaje en el “dato” y sus dificultades para elaborar lo “teórico” (como medio de producción de hechos científicos y, por consiguiente, de conocimiento); del “obstáculo” formalista precisará, en especial, la eliminación inversa del proceso de producción “del conocimiento de hechos y coyunturas reales”.

Los nombres implicados en uno y otro campo, vale la pena destacarlo, serán los de autores sumamente influyentes en la formación de investigadores sociales en la Argentina durante el período 1956-1966: Galtung, Lazarsfeld, Parsons y Gurvitch, con lo cual la impugnación de los responsables de este ensayo involucra orientaciones y líneas de trabajo académicas más o menos notorias entre nosotros.

Pero las críticas de Castells y de Ipola no se reducen a estos dos

“modelos” epistemológicos de la filosofía idealista del conocimiento. El estructuralismo, a su vez, a partir de su creciente influencia en algunas ramas de la sociología y la antropología, es examinado por ellos como ejemplo de “coexistencia pacífica” entre empirismo y formalismo sociológico, especialmente a partir de la teoría levi-straussiana de los *modelos* (en la cual confluirían ambos como “momentos” diferentes de la teoría). Esta nueva flexión agregará, por su parte, un nuevo nombre al panteón de los grandes olímpicos de las ciencias sociales y humanas: el de Lévi-Strauss, ya plenamente asentado entre las huestes académicas y marginales del Río de la Plata.

Para completar un panorama eminentemente crítico, como el que han trazado en su texto, tanto en lo que se refiere a los circuitos universitarios como en lo atinente a los circuitos periféricos que se estructuraron a partir de 1966, los autores incluirán finalmente el breve análisis de dos ideologías con predicamento: el positivismo (desde el positivismo clásico hasta el neo-positivismo) y el humanismo historicista, en este último caso en la línea que va de Max Weber a Wright Mills a propósito de la cuestión de la neutralidad ideológica de los científicos.

En este punto, la crítica (que admite, por otra parte, que el historicismo llega a una posición política y teóricamente *justa*) hace pie en la imposibilidad esencialista de un estudio objetivo de lo social, interpretada fundamentalmente como un obstáculo epistemológico de raíz empírica.

La crítica de Castells-de Ipola se extiende en este sentido a la fenomenología sociológico-antropológica (Garfinkel, Becker, Goffman, etc.) y a la historia social (Morin, los *radical sociologist* norteamericanos, Fals Borda, etc.), aceptados en cuanto poseen una liberadora positividad teórico-política, frente a estipulaciones burocráticas, tecnicistas y meramente fútiles del campo académico, pero emplazadas en tanto reposan en posiciones metafísicas o espontaneístas que les impiden el establecimiento de correctas generalizaciones de tipo estructural y coyuntural.

Hacia mediados de los años '70 la problemática de los medios y de los bienes simbólicos se enriquece entre nosotros con nuevas flexiones y nuevos modelos teórico-metodológicos. Entre estos

aportes cabe señalar los que realiza Pierre Bourdieu³² con su concepto de "campo intelectual", o los que se verifican desde el área anglosajona con los textos de Raymond Williams,³³ emparentados en cierta forma con los del escritor francés por el tratamiento otorgado al problema de las relaciones entre creador y público.

No está demás, asimismo, puntualizar en este contexto la influencia del ruso Mijail Bajtin, con su erudito ensayo sobre *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento* (Barral, 1974), renovador de cierta esclerosada concepción del significado histórico de las culturas populares.

En el último tramo de los '70 las ideas de Bourdieu, Williams, Hoggart, etc., nos llegaron especialmente a través de críticos de la cultura como Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo y de su revista *Punto de Vista*, en cuyas páginas se publicaron entrevistas a ambos investigadores ingleses, textos de Bourdieu, ensayos sobre las propuestas de Williams para una teoría social de la cultura y comentarios sobre sus libros.³⁴

Esta articulación coincide indudablemente con las preocupaciones de Altamirano y Sarlo en torno a la factibilidad local de una sociología de la cultura, una historia de las ideas, una crítica de los medios y una sociología de la literatura, preocupaciones que se reflejan en la producción de ambos y en muchos de los materiales publicados en *Punto de Vista*, que encierran una suerte de voluntad integrativa, de nueva propuesta para una crítica capaz de supe-

³² Bourdieu, Pierre, "Campo intelectual y proyecto creador", en *Problemas del estructuralismo*, Siglo XXI, 1967 (originalmente en *Les Temps Modernes*, núm. 246, 1966); aut. cit., "Disposition esthetique et compétence artistique", en *Les Temps Modernes*, núm. 291, 1971; Bourdieu, P. y J.-C. Passeron, *La reproducción, elementos para una teoría del sistema de enseñanza*, Laila, 1977; Bourdieu, P., *La distinción*, Minuit, 1979; aut. cit., *Le sens pratique*, Minuit, 1980.

³³ Williams, Raymond, *Culture and Society* (1958), Penguin, 1971; aut. cit., *The Long Revolution* (1961), Penguin, 1971; aut. cit., *Marxism and Literature*, Oxford, 1972; aut. cit., *Cultura. Sociología de la comunicación y el arte*, Paidós, 1982.

³⁴ Cfr. Sarlo, B., "Raymond Williams y Richard Hoggart: sobre cultura y sociedad", núm. 6, 1979; Bourdieu, P., "Los bienes simbólicos, la producción del valor", núm. 8, 1980; Altamirano, Carlos, "Raymond Williams: proposiciones para una teoría social de la cultura", núm. 11, 1981; Bourdieu, P., "El oficio de sociólogo", núm. 15, 1982, y Altamirano, Carlos, comentario a Bourdieu, P., *Cultura. Sociología de la comunicación y el arte*, núm. 19, 1983.

rar, al propio tiempo, los formalismos estructuralistas y el sociologismo tradicional.

Sería injusto, sin embargo, no recordar que Jaime Rest es uno de los tempranos y perspicaces descubridores de la obra de Williams y Hoggart, como lo prueba la mención (y en cierta medida el empleo) de conceptos adquiridos en *Culture and Society* y *The Uses of Literacy*.³⁵

8. MANIPULACION Y EFECTOS EN LA OPTICA DE INVESTIGADORES Y CRITICOS ARGENTINOS

Un somero repaso de la bibliografía nos permitirá advertir el peso relativamente sensible de cierta visión que condena inapelablemente a los medios, a la industria cultural y a los mismos mecanismos del proceso comunicativo, como supuestos portadores de una patología altamente virulenta: la patología de la *manipulación*, responsable, según los casos y las ópticas elegidas, de la mayoría de las aberraciones que definen y subalternizan a la moderna civilización del mensaje audio-visual.

No se trata, por cierto, de una suspicacia selectiva, o alimentada en un sentido unidireccional por una exclusiva y muy restringida usina teórico-ideológica. Los adictos al reduccionismo manipulador son "iniciados" en los misterios de la manipulación desde campos muy distintos e inclusive antagónicos.

Se puede creer en el efecto distorsivo y alienante de los medios, como en un artículo de fe, desde la trinchera del autoritarismo, desde el superado simplismo de *Le viol des foules*, de Chakotin, o desde el elitismo "preservatorio" de Dwight Macdonald, pero también es posible sustentar esa credibilidad desde la lectura de C. W. Mills y Paul Baran, o desde las postulaciones desplegadas por los pensadores de la Escuela de Frankfurt, para todos los cuales es meridianamente evidente que los medios son sistemáticamente empleados como herramientas para el mantenimiento del *statu quo* político-social.

³⁵ Cfr. Rest, Jaime, "Alcances literarios de una dicotomía cultural contemporánea", *Revista de la Universidad*, La Plata, 1965 y *Literatura y cultura de masas*, 1967.

Pueden creer simultáneamente en el poder irrestricto de la manipulación un ejecutivo influenciado por las teorías de los “persuasores profundos”, un lector del capítulo “Propaganda” de *Mein Kampf*, un marxista althusseriano, un liberal anclado en las ideas iluministas de la “libertad de opinión”, un funcionalista de corte clásico, un cultor de la teoría matemática de la información y algunos otros no menos heterogéneos y difícilmente amalgamables en una fórmula única medianamente convincente.

Esa heterogeneidad tiene directa expresión en gran parte de la ensayística suscitada entre nosotros por los medios y por la cultura de masas, y en este sentido basta con memorar las copiosas diatribas que suelen cosechar los teleteatros, encañonados habitualmente como portadores de una sólida cuota de evasiónismo y complaciente cretinización cultural.

Pero la bibliografía permite advertir, asimismo, la existencia de un campo antagónico, que examina con reservas la adhesión irrestricta al concepto manipulador, y que sin ignorar los aspectos reales e indubitables del mismo, extrae conclusiones críticas más novedosas y perspicaces sobre su legitimidad científica y político-cultural.

Como en el caso anterior, no se trata, por cierto, de una totalidad teórica, metodológica e ideológicamente homogénea, sino de un conjunto de aproximaciones que pagan tributo a fuentes y modelos bastante diferenciados entre sí.

En parte, la crítica a la manipulación irrestricta y a las hipótesis de los efectos distorsivos puede reconocer antecedentes en la propia crítica norteamericana, tal como fue planteada por Klapper, Halloram, Schramm, Lazarsfeld, etc. Algo de ese espíritu no suspicaz se advierte, por ejemplo, en un viejo trabajo como “Situación del arte en la era tecnológica” (1961), en el que Jaime Rest apunta que los medios son meros instrumentos cuyos efectos positivos o negativos dependen, exclusivamente, del empleo que se les dé.

En parte, puede entroncar con la difusión entre nosotros de los desarrollos teóricos experimentados por las teorías de la comunicación y la información, y en especial por la crisis de los modelos cibernéticos a la luz de exploraciones de la lingüística, el psicoanálisis, la antropología y las propias ciencias sociales.

En parte, también, puede entroncar genealógicamente con el tipo de investigaciones emprendidas hacia fines de los años '60 por

críticos culturales como Aníbal Ford, Jorge B. Rivera y Eduardo Romano, con trabajos sobre cultura popular y literaturas marginales en los que se rescataban y redefinían ciertas categorías generalmente omitidas del análisis, como el significado preciso de lo "sentimental" en las culturas populares, el papel histórico de la industria cultural en el contexto argentino, el peso de la "resemantización" de los mensajes sociales, los mecanismos de la creatividad en los sectores populares y otros aspectos que implicaban una lectura distinta (y naturalmente menos prejuiciosa y unilateral) de ciertas propuestas teóricas o de ciertos modelos de análisis en boga.

Y en parte, asimismo, con la propia experiencia argentina en materia de relaciones entre política, manipulación ideológica y medios masivos, a partir de la observación de la historia política del período 1943-1973. Una historia que no convalida, precisamente, muchas de las hipótesis del reduccionismo manipulador.

A comienzos de 1974, en términos relativamente tempranos, Heriberto Muraro abordaba el tema de la manipulación en el extenso capítulo tercero de su libro *Neoliberalismo y comunicación de masa*, laureado con el Gran Premio de Ensayo Raúl Scalabrini Ortiz y editado por la Editorial Universitaria de Buenos Aires.

Allí, tras una minuciosa descripción teórica y casuística del concepto "manipulación" (apoyada, en lo esencial, en las hipótesis básicas de C. W. Mills, Paul M. Baran, Theodor Adorno, Max Horkheimer y Herbert Marcuse sobre este particular), Muraro examinaba las contradicciones del concepto mismo a partir de una pregunta muy elemental pero oportuna: ¿cuáles han sido, en definitiva, los resultados precisos de las manipulaciones emprendidas por los medios a lo largo de su historia?

En apariencia, sugiere el autor, la tan mentada "manipulación" no tendría el carácter *omnipotente* que le atribuyó la crítica sociológica desde antiguo, apoyándose por lo general en encuadres teóricos de fines del siglo XIX, y muy especialmente en la idea de la desintegración de los vínculos interpersonales que habría desencadenado la nueva sociedad urbana industrial.

Las contribuciones empíricas de la escuela norteamericana, así como múltiples datos aportados por la propia historia contemporánea, se encargarían oficiosamente de relativizar, por lo menos, la radical certidumbre sociológica sobre *la infalibilidad del control y la operación de conciencias a través de los medios masivos*, en es-

pecial porque los receptores de mensajes tienden a comportarse de manera “diabólicamente” autárquica (y “anticientífica”), a través de actitudes originales que otorgan mayor confianza a la propia experiencia, a los nexos comunitarios pre-existentes, a lo interpersonal, a la selectividad y a mecanismos de re-lectura o re-codificación muchas veces antagónicos con los “manipulados” por los centros de emisión y control social. “La experiencia del individuo y de su grupo —afirmará Muraro, tras citar a Lazarsfeld—³⁶ es tanto o más decisiva que la posible influencia de los medios de comunicación de masas.”

Muraro, sin embargo, sostenía en ese texto que la importancia teórica y la fertilidad del concepto de manipulación bastaban para justificar su conservación, para no recaer en lo que él calificaba como una “sociología de la comunicación empirista y acrítica”, si bien tal mantenimiento —a la luz de los datos de la escuela norteamericana y de la propia realidad argentina— debería ser acompañado, en cada caso, por una rigurosa confrontación con lo concreto, así como por una revisión crítica de su sentido.

Hacia 1974 el autor no estaba convencido de la eficacia absoluta de las operaciones “manipuladoras”, aunque tampoco lo estaba respecto de su posible inutilidad, en términos prácticos y gnoseológicos. Para él era indispensable contar, en realidad, con “una teoría histórica de los medios de comunicación de masas que nos permita explicar de manera sistemática en qué condiciones los hombres son convencidos o persuadidos por éstos y en qué condiciones logran escapar a sus demandas”, teoría que a su juicio involucraba tomar en consideración tanto la estructura del sistema monopolista como las estructuras político-sociales de carácter popular que pudiesen oponerse a las maniobras y manipulaciones de los grupos de poder. “En última instancia —decía entonces— el problema básico es relacionar la eficacia de los mensajes emitidos y sus contenidos con la conciencia nacional y de clase de la población de un país o grupo de países determinados.”

Para Muraro la noción intuitiva de manipulación ofrecía algunas debilidades básicas: a) omitía, en primer término, la consideración

³⁶ Muraro cita “Los medios de difusión y las masas”, de Paul F. Lazarsfeld, incluido en I. L. Horowitz y otros, *Historia y elementos de la sociología del conocimiento*, Buenos Aires, EUDEBA, 1964, tomo II, p. 135.

de los nexos sociales y experienciales que interactúan entre los receptores de mensajes de los medios, nexos muchas veces decisivos desde el punto de vista comunicacional; b) al propio tiempo desestimaba la cuota de “consentimiento” que deriva de la convergencia y coincidencia de intereses entre emisor y receptor (convergencia en muchos casos anterior a la existencia misma de los medios y estrechamente relacionada con las estructuras más profundas de la sociedad capitalista); c) atribuía por añadidura, sin los auxilios de una crítica contextual perspicaz y convincente, un papel exageradamente decisivo a la teoría de las *seudo-necesidades*, prescindiendo, muchas veces, del desbrozamiento de consideraciones tales como el auténtico carácter de la “irracionalidad” consumista, o la real “legitimidad” de ciertas necesidades públicas manipuladas por los medios.

Muraro esbozaba en 1974 una tesis: “si los medios manipulan las necesidades del público, muchas de éstas deben ser en última instancia reales, legítimas, y no exclusivamente el resultado de lo que antes denomináramos el proceso de autorrecuperación del sistema”.

La teoría de la manipulación de la sociología crítica, en este sentido, se abastece de una racionalidad “distinta”, cuyo principio es que sólo el conocimiento que tiene por finalidad el desarrollo real, no meramente formal, de la democracia, puede aspirar de manera legítima a la condición de ser *teóricamente verdadero*. Este esquema, como señala el propio Muraro, corresponde a una *teoría histórico-crítica del conocimiento*, modificable y cambiante a partir del desarrollo de las estructuras sociales.

En tanto los medios puedan ser portadores o comunicadores de valores que apunten a “una comprensión racional de la sociedad” y a una “crítica de los poderes constituidos”, se comportarán como fuerzas sociales “movilizadoras” y nos permitirán evadirnos de la estrecha opción de rechazo o adhesión contenidista a que nos enfrentan tanto las vertientes autoritarias como las liberales, sin omitir por cierto la vertiente del neutralismo científico, con los peligrosos encubrimientos de su “objetividad” muchas veces mistificadora.

Los desgloses y las problematizaciones críticas y conceptuales que verificaba Muraro en *Neocapitalismo y comunicación de masa* eran sintomáticos de una maduración teórico-metodológica que

a nuestro juicio brinda su sello a un importante sector de la escuela comunicológica argentina, si comparamos sus avances y sus complejas y audaces elaboraciones en este terreno, con cierta parsimonia cooptación funcionalista que todavía tiñe ciertas investigaciones realizadas en otros ámbitos.

No pretendemos realizar, por cierto, en estas sintéticas notas de encuadre, una historia de la evolución de las críticas al concepto de manipulación, pero tal vez convenga recordar algunos hitos, a título meramente orientativo:

En su análisis de la tira historietística *Dick Tracy*, por ejemplo, Oscar Masotta no se muestra precisamente complaciente con la idea, sustentada por Eco, del carácter supuestamente "alienante" de la serie, y tiende más bien a ver el discurso del dibujante y guionista Chester Gould como un discurso *fundamentalmente opuesto* a los fines del "consumo" y la "intercambiabilidad".

En sus siguientes trabajos sobre el "esquematismo" de la historieta, por otra parte, Masotta tiende a remarcar el carácter "relativo" de la vinculación causal entre mensajes masivos y portación de mitos, normas o contenidos sociales, políticos o ideológicos. La historieta, más bien, sería para él un vehículo de mensajes y retóricas que satisfacen reglas *del orden de la estética*, antes que reglas de otra naturaleza.

Guillermo Gutiérrez —en una etapa contemporánea al libro de Muraro— aporta en *Ciencia, cultura y dependencia* (1974) una visión bastante apocalíptica y marcuseana del papel alienante de los medios, pero al propio tiempo advierte el papel jugado por las grandes mayorías populares en el resquebrajamiento de la pinza *cultura de masas-ideología unidimensional*, a través de formas de re-interpretación y re-semantización de los mecanismos manipulatorios.

Casi por la misma época, en un artículo aparecido en *Comunicación y cultura* (núm 4, 1975) y que versa sobre la investigación comunicacional, Héctor Schmucler admite ciertas modificaciones en su concepción sobre el papel de los medios masivos: "¿Cuál es el papel que realmente cumplen los medios masivos de comunicación? ¿Es posible señalar una función universalmente válida? La condición dependiente de gran parte de nuestra cultura explica que se sigan repitiendo algunas afirmaciones que requieren verificación en cada circunstancia: 'medios generadores de ideolo-

gia', 'medios alienantes', 'medios manipuladores de conciencia', son expresiones que merecen un análisis en profundidad, tanto como los conceptos que le sirven de base... La significación de un mensaje podrá indagarse a partir de las condiciones histórico-sociales en que circula. Estas condiciones significan, en primer lugar, tener en cuenta la experiencia socio-cultural de los receptores. Es verdad que el mensaje comporta significación, pero ésta sólo se realiza, significa realmente, en el encuentro con el receptor. Primer problema a indagar, pues, es la forma de ese encuentro entre el mensaje y el receptor: desde dónde se lo recepta, desde qué ideología, es decir, desde qué relación con el mundo".

Más recientemente Oscar Landi publicó *Crisis y lenguajes políticos* (1981), varios de cuyos apartados están destinados, precisamente, al análisis de la resignificación, la metabolización y la producción alternativa respecto de los medios de comunicación.

Desde la perspectiva comunicológica, señala el autor, advertimos que tanto en lo cultural como en lo político nunca se da una "relación de simetría absoluta entre el emisor y el receptor de los mensajes". Uno y otro están sometidos a las apelaciones de códigos muy diversos, que "resignifican en diversas direcciones un mismo mensaje, que imponen brechas, puntos de ruptura y de desvío del sentido de los discursos dominantes". La absoluta simetría de códigos entre emisor y receptor ha sido siempre la utopía del pensamiento autoritario, dice Landi, mientras que la cultura popular debe ser considerada más bien como una trama de prácticas significantes muy compleja, de prácticas que elaboran sus propias formas aún en las condiciones de subordinación y repliegue más dramáticas, defendiendo su identidad y buscando fracturas propicias en el discurso del poder.

Una síntesis muy apretada sobre la utopía manipuladora puede encontrarse, asimismo, en la revista *Contraseña* (núm. 2, 1982), firmada por Aníbal Ford. En ella se destaca, sobre todo, el carácter desvalorizador de la utopía y su resistencia a admitir que el hombre no es un receptor pasivo de estímulos. Ford contextualiza su crítica en los marcos político-culturales de la lucha contra la dependencia, como una articulación más de ese proceso.

Señalemos, para completar este breve esbozo sobre la manipulación y sus avatares, una flexión teórico-metodológica de gran interés, por provenir de un campo generalmente poco abonado, como

lo es el de los estudios históricos en relación con los medios y la cultura popular: nos referimos al desacuerdo que puntualizan los integrantes del Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana (PEHESA - CISEA) frente al manipulatorio planteo germaniano de las "masas en disponibilidad",³⁷ a partir de la reivindicación de la cultura de los sectores populares estructurada en la Argentina con antelación a 1945.

Los investigadores del PEHESA, en efecto, disienten con la idea sustentada por Gino Germani para explicar el fenómeno peronista como un ejemplo de "masas disponibles" capturadas y encuadradas por un estado autoritario y populista, idea muy cercana, obviamente, a la interpretación manipulatoria que ve a los sectores populares como fácil presa de los medios masivos.

Para ellos, por el contrario, y así intentan demostrarlo como hipótesis en el trabajo aludido, la cultura de los sectores populares estructurada en el largo período 1880-1945 sirvió como campo de reconocimiento y reproducción para el asentamiento de la sociedad y la política de masas ulterior (y en especial para la viabilidad cultural y político-social de dos concepciones básicas del proyecto peronista: la alianza de clases y la noción de justicia social).

9. LA CONVERGENCIA DESDE LA LITERATURA

La formación eminentemente literaria de algunos conspicuos críticos e investigadores de la comunicación, los medios masivos o la cultura popular (cfr., e.a., Rest, Schmucler, Romano, Ford, Sasturain, Sarlo, etc.) sugiere un breve repaso de las grandes líneas que presidieron entre nosotros —por lo menos a lo largo de los años 40 y 50— la enseñanza superior de la literatura, en procura de pistas tendenciales o bibliográficas que ayuden a explicar el fenómeno

³⁷ Para la posición del PEHESA cfr. "La cultura de los sectores populares: manipulación, inmanencia o creación histórica", en revista *Punto de Vista*, núm. 18, Buenos Aires, agosto de 1983, pp. 11-14. Sobre "masas en disponibilidad" cfr. en bibliografía anexa: Gino Germani, "Las clases populares y las actitudes autoritarias" (con indicaciones bibliográficas ampliatorias sobre el tema). PEHESA es un grupo de estudio integrado por Ricardo González, Leandro Gutiérrez, Juan Carlos Korol, Luis Alberto Romero e Hilda Sábato.